miento de las cosas que no conoce, y porque espresa la elevacion de su destino por el grito de su caida.

Mas allá del estrecho límite de lo que la razon comprende, se abre y estiende un espacio vacío para ella, en el que se mueven los fantasmas de su ignorancia, su vista espira, no puede distinguir nada, y en el que, sin embargo, sospecha que hay grandes cosas; inclinada hácia este abismo, como Empedocles, no le es dado apartar de él sus ojos, pues siente que allí se está ajitando para ella algun destino importante, pero tampoco le es dado abrirlos lo suficiente para ver lo que allí se pasa.—Ese espacio vacío que todos llevamos dentro de nosotros mismos, ese abismo, es la rejion del *misterio*.

De aquí han salido y salen aún todos esos sistemas ideológicos y teogónicos, cuyo torbellino compone la historia de la filosofía humana, y cuyo resultado no vemos nunca. De aquí salieron todas las supersticiones y todas las estravagancias religiosas que han reinado sucesivamente sobre la tierra, haciéndola presa y juguete de tantos fanáticos é impostores. De aquí, en fin, salen á veces para los espíritus mas sosegados esas molestas incertidumbres, esos vértigos repentinos, esos terribles *tal vez*, que los hacen perderse incesantemente en interminables conjeturas sobre su prócsimo destino, sin poderles encontrar jamas una solucion; pues por mas que hagamos, no podremos dormirnos nunca sobre el borde de semejante abismo: es un volcán que de continuo está humeando.

La religion de Jesucristo vino á satisfacer esta gran necesidad del alma humana; vino á abrir un camino sobre este abismo.

Este gran beneficio, por haberse hecho tan ordinario, ha hecho olvidar su necesidad, precisamente porque la ha colmado, y no es raro encontrar personas que se lisonjean de poder prescindir del socorro de la fé, y de mantenerse superiores á toda credulidad sobre el pié firme de la razon.

Pero esta es una ilusion muy grande. La incredulidad en su sentido absoluto no es mas que una palabra. Nunca ha habido *incrédulos*. Nos esplicaremos.

Indudablemente ha habido gran número de incrédulos, si se entiende por tales los que han rechazado los dogmas de la religion cristiana, á pesar de que no hay muchos que los hayan completamente desarraigado de su espíritu. No todos los que parecen y se creen incrédulos en sentido relativo, lo son siempre. La mayor parte se asemejan á los que de noche tienen miedo, y que para distraerse cantan mientras van andando: cuando les asalta un peligro repentino, esos mentidos valientes se vuelven mas creyentes de lo necesario, y muchas veces cuesta gran trabajo el desvanecer su desesperacion.

Pero los incrédulos consumados, ó para hablar mas esactamente, los *increyentes*, ¿son *incrédulos*? No; porque, como dice Bossuet, "los absurdos en que incurren negando la religion, son mas insostenibles que las verdades cuya sublimidad los espanta; y por no querer creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro errores incomprensibles." (1) No se calcula bien lo que es preciso creer para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con nuestras pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desechar ningun punto de la fé cristiana sin reemplazarlo por otro punto mil veces mas inadmisible, y sin poner un absurdo en el lugar de una dificultad. Los deistas, los ateos y los materialistas no creen en Jesucristo, en Dios ni en la espiritualidad; pero para fundar su incredulidad en estos diferentes órdenes, se ven obligados á profesar creencias opuestas que sublevan el buen sentido del cristianismo mas humilde, y le hacen devolver centuplicada la desdeñosa compasion de que es objeto. Por ejemplo: que el mundo se haya criado por sí mismo, ó que lo que cambia y muere todos los dias ecsista por sí eternamente; que la casualidad haga continuamente actos de suprema inteligencia; que los átomos enredándose y chocándose hayan llegado á producir todo el mecanismo de este hermoso universo, y que continuando este mismo movimiento no deshaga su obra, sino que la conserve al contrario en el órden perfecto que admiramos; que la materia esté por sí misma dotada de movimiento, sensaciones, voluntad, inteligencia y conciencia; que los hechos históricos de la vida de Jesucristo y de los doce apóstoles no hayan ecsistido nunca, y que toda la historia del orígen del cristianismo no sea mas que una alegoría mitológica, bajo la cual se quiso tan solo personificar el culto del sol, la luna y los doce signos del zodiaco; ¡seria gracioso formar una especie de símbolo de todos los símbolos de la incredulidad! Todo cuanto hay de mas estravagante, de mas fútil, de mas absurdo, todo lo cree el *increyente*, todo se ve obligado á creerlo; y el *creyente*, al contrario, no cree ninguno de esos absurdos, porque no puede creerlos; porque ofenden á su razon; porque no es crédulo; en una palabra, porque es creyente. "Seria un hermoso trabajo, dice d'Agnesseau, el en que se procura probar que es mas difícil no creer que creer (2)." Por esto, otro gran talento, Antonio de Fussal, despues de haber ecsaminado detenidamente todas las sectas filosóficas, decia con admirable esactitud: "Nada he encontrado mejor que creer en Jesucristo." Es verdad que los incrédulos tienen una ventaja, la de poder cambiar de sistema; pero como no pueden hacer mas que cambiar de absurdos, y que á menos de poner en entredicho su razon es preciso que crean alguno, no hacen otra cosa, con la facilidad de su cambio, que creerlos todos y merecer por este medio mas justicia la aplicacion de aquella sentencia de Pascal: "¡Incrédulos los mas crédulos!"

Por lo que á nosotros hace, "no necesitamos tener ninguna curiosidad respecto de Jesucristo, podemos decir con Tertuliano, ni hacer investigaciones respecto del Evangelio. Cuando creemos, no queremos creer nada mas allá. Hasta creemos que no hay nada mas que creer (3)." Estas palabras traen

(1) *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*
(2) *Cartas sobre varios asuntos*, t. XVI, p. 26.
(3) *Tratado de las prescripciones*, VIII.

á la memoria estas otras de Joubert: "La religion prohibe creer nada mas allá de lo que ella enseña (1);" y las siguientes de Portalis: "La fé no hace mas que ocupar el sitio que la razon deja vacío, y que la imaginacion llenaria incontestablemente peor." (2)

Mas no está todo aquí. Los incrédulos declarados no se han limitado á esta credulidad, por decirlo así, necesaria á su misma incredulidad, y casi siempre se les ha visto caer en credulidades gratuitas, en prácticas de supersticion ridículas y groseras por su objeto y por su incoherencia. La esperiencia enseña que los que mas creen en los sortilegios, en la magia y en el fetiquismo, son los mas decididamente pronunciados contra las verdades de la fé. ¡Cuántos incrédulos hay que creen en el diablo y no creen en Dios; que se entregan supersticiosamente á observancias minuciosas y maniáticas, mientras desdeñan las mas santas y nobles prácticas de piedad! En otro tiempo ¿no se mostró Juliano, tan filósofo en su gobierno, el mas supersticioso de todos los hombres en sus ideas religiosas? ¿No se entregaron los incrédulos de la edad media, Cardan, Pompanacio y Bodin, á las mas insensatas prácticas y opiniones? Y ¿no fué el siglo XVIII, ese siglo de la incredulidad por escelencia, el juguete de los charlatanes? ¿no se abandonó sin miramiento á las manías mas fanáticas? "La mácsima de la época parecia ser la siguiente, dice el historiador Lacretelle: *Es menester creerlo todo, menos lo que creyeron nuestros padres*" (3). Si se nos revelase todo cuanto pasó oculto y subterráneo en ese siglo *de la razon y de las luces*, quedaríamos pasmados. "Algunos años antes de la revolucion francesa, dice Portalis, me decia uno de los conservadores de la biblioteca nacional, que hacia mucho tiempo que la mayor parte de los que iban á instruirse en aquel vasto depósito, no pedian mas que libros de sortilegio y de cábala.—El erudito P. Roubiés, del Oratorio, que era bibliotecario de la pública en Lyon, me enseñó, pocos meses antes de su funesta muerte, acaecida en 1793, un proceso verbal que contenia los detalles y la prueba de los abominables misterios que se celebraban en unas asambleas nocturnas y periódicas: misterios mas horribles que todos aquellos de que nos ha conservado recuerdos la historia del paganismo mas grosero y mas impúdico." (4)

Si en la actualidad encontramos pocos de esos deplorables estravíos del espíritu humano, consiste en que el espíritu del siglo se ha ido apartando de la incredulidad. Hay en el dia pocos incrédulos; no hay mas que indiferentes, y aun su número va disminuyendo de continuo. La fé cristiana vuelve á ser venerada. Esto es lo que nos libra de aquellas vergonzosas debilidades, lo que salva á los mismos enemigos de esta fé. En torno suyo se va formando una especie de espíritu general que los arrastra aun á su pesar, obra á distancia de su foco, como por una ley de gravitacion, y regula hasta cierto punto y sin que ellos se aperciban, sus acciones y pensamientos. Si pudiésemos hacer completa abstraccion de las creencias cristianas, veriamos al espíritu humano arrastrado de repente á las mas degradantes y disolventes supersticiones, sin que las cabezas mejor organizadas, las que creen mejor poseerse, pudiesen evitarlo desde que el contagio se hubiese desarrollado en derredor suyo. Aquel espacio vacío de que hemos hablado, y que empieza en el límite al cual llegan nuestros conocimientos naturales, hasta el punto indefinido adonde se estienden nuestras intuiciones é instintos, y que podemos llamar *la facultad del misterio*, tiene necesidad de alimentos: si le quitais la fé racional, se echará en brazos de la supersticion. Por esto las religiones paganas, por falsas que fuesen, valian mas que la carencia completa de toda religion; eran un punto de detencion sobre la pendiente indefinida de la locura y de la perversidad. Por esto la fé cristiana, que no solamente nos preserva del error, sino que nos dirige hácia la verdad, y que es *el camino, la verdad y la vida*, es el don mas precioso hecho á la inteligencia, y puede llamarse *la calzada* de la razon.

No creemos augurar mal, pensando que nuestros lectores se hallan penetrados como nosotros de la importancia de la verdad que en este momento pretendemos probar, y así nos será permitido apoyarla todavía en dos poderosas autoridades.

El célebre Burcke, publicista de buen juicio, tan bien inspirado y tan práctico, en el libro que publicó sobre la revolucion francesa, en lo mas fuerte de su desbordamiento, para preservar á la Inglaterra su patria de los globos incendiarios que le enviaba el volcán, escribia este notable pasaje.

"Sabemos y tenemos un orgullo en saber que por su constitucion es el hombre un animal religioso; que el ateismo es no solamente contrario á nuestra razon, sino hasta á nuestro instinto, y que no puede sofocarlo por mucho tiempo; y si en un momento de disipacion, si en el delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu de fuego destilado en el alambique del infierno, que en la actualidad está bullendo tan furiosamente en Francia, debiésemos nosotros poner en evidencia nuestra desnudez, sacudiendo la religion cristiana que ha hecho hasta el presente nuestra gloria y nuestro consuelo, y que ha sido entre nosotros un grande manantial de civilizacion, como lo ha sido tambien para tantas otras naciones, temeriamos (sabiendo bien que el espíritu no puede soportar el vacío) que viniese á ocupar su lugar alguna supersticion grosera, perniciosa y degradante." (5)

No es menos notable la segunda autoridad; y la circunstancia enteramente confidencial en que fué emitida, le da un carácter todavía mas filosófico. El que nos la refiere, tambien talento distinguido, de Fontanes, lo hace en términos que atestiguan todo el valor que él mismo le daba. Los conserva-

(1) Joubert, *Pensamientos*, etc., t. I, p. 117.
(2) Portalis, *Discurso sobre el concordato.*
(3) *Historia del siglo* XVIII, t. VI.
(4) Portalis, *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, t. II, p. 171.
(5) *Reflecsiones sobre la revolucion de Francia*, por Burcke, p. 189.

remos en nuestra cita, pues forman como su engaste:

PALABRAS DE BONNET.

"Hallándome en Ginebra en 1787, tuve deseos de ver al ilustre Bonnet, discípulo de Locke, precursor de Condillac, y autor del *Ensayo analítico de las facultades del alma* y de las *Observaciones sobre los cuerpos organizados*. Lo encontré en su casa de Genthod, situada en una posicion á la vez alegre y magnífica, á orillas del lago, entre las cumbres de los Alpes y del Jura. Al principio me habló con admiracion del abate l'Epée, cuya gloria ha recogido M. Sicard, que ha perfeccionado su descubrimiento. Despues me enseñó algunos fragmentos de correspondencia con el erudito Moisés, judío de Berlin, y uno de los mas sutiles metafísicos de este siglo. Por fin la conversacion recayó sobre los iluminados. No quiso ocultarme que los hombres ilustres de la Suiza padecian aquel delirio. Me atreví á preguntarle la causa, y he aquí poco mas ó menos su respuesta:

"La filosofía moderna, me dijo, ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las opiniones sobre que descansaba hacia tantos siglos, no sabe ya á qué asirse ni en dónde fijarse. La ausencia de la religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del hombre, y este, siempre estremado, los llena de los mas peligrosos fantasmas en lugar de una cosa maravillosa, sabia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades; así el hombre, haciéndose incrédulo, no hará mas que precipitarse mas fácilmente en la supersticion: llevará hasta en el ateismo la necesidad de las ideas religiosas, que es una parte esencial de su ser, y que debe hacer siempre su dicha ó su tormento; abusará de sus propias ciencias mezclando con ellas los desvaríos mas monstruosos; divinizará los efectos físicos y las energías de la naturaleza; se le verá caer de nuevo en un politeismo absurdo; en una palabra, estará dispuesto á creerlo todo al mismo tiempo que dirá que ya no cree en nada. Ya es tiempo de que la verdadera filosofía vuelva á acercarse, por su propio interés, á una religion que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos de nuestro corazon. Es preciso dejar á la imaginacion humana los alimentos sanos, si no se quiere que se nutra de venenos."

"Tales fueron las reflecsiones de Bonnet, continúa de Fontanes. Confieso que cuando las oí me causaron muy poca impresion; pero despues las he recordado muchas veces, y ahora las presento á la consideracion de los hombres pensadores." (1)

Con estas reflecsiones y autoridades tan claras, tan poderosas y unánimes que de todas partes surgen para formar conviccion, debe quedar probado que, ademas de lo que la razon sola puede comprender, hay cosas que el alma humana *apetece* invenciblemente; hay en ella una facultad especialmente religiosa, la facultad del misterio, que es tan natural, tan esencial al hombre como la memoria, la imaginacion, el juicio y la voluntad. Los que rechazan las creencias cristianas no se despojan con eso de esta facultad; no hacen mas que quitarle los alimentos y esponerla á que eche mano de otros nocivos. Si hay algunos que hayan conseguido sofocarla y que se crean por esto mas adelantados, sepan que solamente son mas limitados; les falta un sentido, el sentido del infinito, el sentido de Dios. Por la vaguedad é impotencia natural de esta facultad, el hombre es inferior al ángel; por su privacion es inferior al hombre. Esta verdad tiene á su favor lo que ha habido siempre de mas universal y constante en la naturaleza humana. Si el hombre es un *animal racional*, no es menos un *animal religioso*.

¿Qué se debe deducir de aquí, sino que el mismo Dios, que ha dispuesto todos nuestros sentidos y todas nuestras facultades con un objeto determinado, ha debido dar tambien á esta facultad religiosa un objeto, ha debido satisfacerla y regularla? Al ver, sobre todo, que entregada á sí misma precipita al hombre en abismos sin fondo, é introduce la perturbacion en toda la economía de su ser moral, debemos creer que debe ecsistir para ella un estado normal de órden, de satisfaccion y de desarrollo, que la preserve de sus caidas y que la ejercite segun su fin. Y despues, al encontrar en la doctrina de Jesucristo y en la adhesion del alma á esta doctrina este estado de órden, de satisfaccion y de desarrollo religioso, único entre todas las religiones; al ver que estas no pudieron hacer mas que paliar ó señalar el mal de esta facultad, y que únicamente aquella nos ha dado su bien, debemos reconocer y adorar en beneficio tan grande la misma mano que ha criado á nuestra alma, porque solamente ella ha podido dirigirla tan bien, á traves de tantos precipicios, hácia su fin.

II. Para mejor penetrarnos de esta verdad, entremos en un ecsámen mas detallado de la relacion de la fé cristiana con nuestra alma, y en particular con la razon.

Satisfacer digna y cumplidamente la facultad religiosa de nuestra alma, sin menoscabar las demas facultades, sin sujetar ni empobrecer á la razon, haciéndola entrar al contrario en esta satisfaccion, haciéndosela propia, desarrollándola en ella y dilatando todas sus potencias: hé aquí el problema que únicamente el cristianismo ha podido resolver.

1.° Primeramente, no sujeta ni empobrece á la razon. No le quita nada en efecto de cuanto puede saber por sí misma, y la deja ejercitarse libremente en el círculo de sus conocimientos naturales. Nada le usurpa de su dominio. Su doctrina no empieza sino allí donde la razon acaba, donde su vista se turba, se estravia y se pierde. Unicamente la fé se junta á la razon. No es tampoco sumision lo que le ecsige, pues llegada á este punto, la razon no abdica mas que su impotencia; le pide tan solo asentimiento, le propone una alianza en la cual nada puede perder, y sí ganar mucho. Hay mas, y esto es lo importante en esta primera consideracion: la fé

(1) *Obras de M. de Fontanes*, t. II, p. 142.

no se junta á la razon por *juxtaposicion*, si es permitido decirlo así, sino por *incorporacion*. El cristianismo es la única religion que tiene pruebas. Antes de ecsigir la creencia de sus misterios, invita á la razon á ecsaminar su autoridad, y le presenta sus títulos; y hasta despues que ha debido, segun sus luces naturales, reconocer su validez y su divinidad, no ecsige la creencia en su doctrina y la práctica de esta creencia, todo por via de consecuencia, es decir, por via de razon. La fé se adapta por este medio á la razon como un instrumento, como un *argumento*, en espresion del apóstol, y esto se efectúa por medio de las pruebas estrínsecas de que la fé está provista, y á las cuales esta no puede negarse sin faltarse á sí misma. El cristianismo es la única religion que procede de este modo, que dirige á la razon y que no le pide mas que lo que no puede lógicamente rehusar. Es, pues, evidente que hay en esto un carácter único de veracidad.

2.° En segundo lugar, la fé da libertad y soltura á la razon y le asegura sus propias riquezas.

Llegada al punto en que la fé la toma en sus brazos, la razon no solamente no puede adquirir ni comprender nada, sino que ademas se consume en impotentes esfuerzos para pasar mas adelante, y corre peligro de abismarse. Es una Penélope que vuelve á urdir por la mañana la trama que deshace durante la noche, espuesta á ver su libertad arrebatada por mil amantes indignos de ella, que se disputan su conquista y devastan su palacio: queremos decir, mil sistemas, mil quimeras, que sin jamas satisfacerla la dejan siempre cada vez mas empobrecida por la duda y abandonada á los mas funestos estravíos. La fé viene á arrancarla á esta tiranía, á librarla de este yugo de hierro, bajo el cual cae á cada paso, y á hacerla admitir en su lugar un suave freno que la dirige sin violentarla por las regiones de la luz.

Le asegura y devuelve sus propias riquezas. Hay efectivamente cierto número de verdades capitales que están en los confines de la razon y del misterio, las cuales no abarca la razon desde luego, y que solo comprende de una manera débil y poco segura. Tales son las verdades de la ecsistencia de Dios, de su unidad, de su providencia y de sus principales atributos; de la espiritualidad del alma, su libertad y responsabilidad; de su inmortalidad; de un estado futuro de recompensas y castigos, etc.: verdades que forman lo que llamamos teología natural. Puede decirse que son verdades de razon, porque comprende esta sus motivos principales, sus fundamentos necesarios, como hemos visto en el principio de estos *Estudios;* sin embargo, puede tambien decirse que una porcion de estas verdades están sumidas en la noche del misterio; la razon no las comprende nunca completamente, y por esto está espuesta á vérselas disputar, á no saber adquirirlas ó guardarlas, ó hasta adulterarlas peligrosamente, y á convertirlas en motivos de error y de desórden.

Para juzgar del estado natural del espíritu humano respecto de estas verdades, es menester considerar lo que habian llegado á ser en el mundo pagano. Habian desaparecido en la noche del politeismo para la generalidad de los hombres, y si parecia que algunos filósofos las habian conservado, no era mas, dice Sócrates, que como *los desvaríos de una vieja delirante* (1), ó, segun Ciceron y Séneca, que como los *sueños de lo que se desea, mas bien que de lo que se tiene* (2). Y sin embargo, ¡en qué estado, en qué caos de torpes y estravagantes sistemas se hallaban estas verdades envilecidas y confundidas!

El cristianismo vino á redimir estas verdades y á restablecerlas en todo su lustre y completo acuerdo; las vulgarizó y confirmó. Despues de haberlas conducido á un punto de pureza y sublimidad que escede á todo lo que la filosofía, en su mas atrevido vuelo, habia hasta entonces sospechado sobre ellas, las puso al alcance de todo el mundo, y las preservó para siempre de toda alteracion y ruina, sobrenaturalizándolas por medio de la fé. "Esle necesario al hombre, dice muy acertadamente Sto. Tomás, creer y recibir como de fé, *per modum fidei*, no solamente las cosas que son superiores á la razon, sino tambien las que la razon puede comprender; y esto, primeramente, á fin de que el hombre llegue mas pronto al conocimiento de la verdad divina; en segundo lugar, para que el conocimiento de Dios esté al alcance de todos, y últimamente, para que se adquiera la certidumbre. En efecto, la razon humana está muy espuesta á equivocarse en las cosas divinas: testigos los filósofos, que aun en las cosas humanas cayeron con toda su razon en grandes errores y contradicciones. Para que pudiésemos tener, pues, de Dios un conocimiento cierto y libre de toda duda, fué necesario que las divinas verdades nos fuesen trasmitidas por el medio de la fé, como palabra de Dios que no puede mentir." (3)

¡Qué beneficios tan inmensos no trajo el cristianismo á la tierra, no solamente volviendo á darle estas verdades, sino asegurando á todos los hombres su posesion, y su conservacion á todos los tiempos, por la demostracion compendiada de la fé, que sin escluir el método del raciocinio inmediato, lo suple para la inmensa multitud que no es capaz de formarlo, y preserva de sus estravíos á los que su misma vivacidad de ingenio los espondria á ellos! Por este medio reconstituyó el cristianismo la filosofía, fijándola sobre un suelo consistente y fecundo, en lugar de ese terreno movedizo y arenoso de los sistemas, en que se hundia á cada paso la filosofía antigua.

Como todo está enlazado en nuestro entendimiento, sujetando estas primeras verdades á la base de la fé, el cristianismo encerró todas las demas verdades de un órden inferior. Puso un principio de certidumbre en el alma humana, que en seguida trilló todos los caminos de la razon. Vulgarizando estas verdades, no solo hizo participar á los hombres, individualmente y sin distincion, de sus beneficios, sino que creó por este medio lo que se llama la razon pública, ese foco comun, tan eficaz, que preser-

(1) Gorgias.
(2) *Somnia sunt non docentis, sed optantis.* Ciceron, *Acad. quæst.*, t. IV, c. 38.—*Rem gratissimam promitentium magis quam probantium.* Séneca, *epist.* 102.
(3) 2, 2. *Quæst.* 2, art. 25.

va ó repara las aberraciones de la razon privada, y que es como el alma de las sociedades modernas.

"¡No quiera Dios que sea yo injusto ni ingrato! esclama el filósofo ya citado, Bonnet; contaria con mis dedos los beneficios de la religion, y reconoceria que hasta la verdadera filosofía le debe su nacimiento, sus progresos y perfeccion. ¿Me atreveria á asegurar que si el PADRE *de las luces* no se hubiese dignado nunca ilustrar á los hombres, yo mismo no seria idólatra? Nacido quizás en el seno de las mas profundas tinieblas y de la supersticion mas monstruosa, me hubiera perdido en el fango de mis preocupaciones, sin ver en la naturaleza y en mi propio ser mas que un caos. Y si hubiese sido bastante feliz ó bastante desgraciado para elevarme hasta la duda acerca del AUTOR de las cosas, de mi destino presente, de mi destino futuro, etc., esta duda hubiera sido perpetua, nunca hubiera llegado á fijarme, y acaso hubiera hecho el tormento de toda mi vida." (1)—El que celebra así el beneficio de la fé es un gran filósofo; por sus palabras, sugeridas por su distinguido talento, puede calcularse la inmensidad de este beneficio para la generalidad de los demas hombres.

3.° En fin, despues de haber facilitado á la razon comun y reconducido al estado de certidumbre y de evidencia para todos los hombres aquellas prenociones y conjeturas que constituian el tormento de las mas elevadas inteligencias, el cristianismo reveló ademas por este medio verdades que hubieran estado para siempre fuera del alcance del espíritu humano. Hablamos de las verdades contenidas en los dogmas particulares del cristianismo: la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, la caida de Adan, la rehabilitacion en Jesucristo, y todo ese magnífico conjunto de la doctrina católica, cuya alta filosofía, hermosas relaciones y fecundas aplicaciones, son materia de la segunda parte de nuestros *Estudios*. Estas verdades, que pertenecen á la Teología propiamente dicha, reciben y agrandan las verdades mas sencillas que pertenecen á la Teología natural, de la misma manera que corresponden estas á los mas puros instintos de la razon. Descubriéndonoslas, no hizo el cristianismo mas que desarrollar una perspectiva cuyo punto visual está en la razon, y cuyo fondo refleja luminosamente sobre todo lo que precede, y todo lo alumbra en derredor nuestro y dentro de nosotros mismos. Sin embargo, aun cuando la razon no hubiese podido descubrir jamas la doctrina cristiana, una vez revelada, se encuentra reactivamente conforme á las mas puras luces de la razon, de la cual puede decirse que si no conoce esta doctrina, á lo menos la reconoce siempre. Indudablemente es esta doctrina misteriosa en su fondo, pero es tambien luminosa en sus reflejos. Siendo invisible, nos lo hace ver todo. El misterio es el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Pero este respeto puede ser mas ó menos circunscrito, y contenernos mas ó menos en los límites de la ignorancia. Pues bien: el cristianismo vino á ensanchar este respeto, á dilatar estos límites, á darnos aire, espacio y luz, y á estender el horizonte de nuestra vista. No es él quien ha inventado el misterio. El misterio ecsistia ya, y ecsistirá siempre hasta cierto punto, con la única diferencia de que antes lo teniamos tan cerca que nos oprimia, y ahora lo vemos en la estremidad del horizonte. El cristianismo libró al espíritu humano de los primeros misterios que obstruian su vista natural, le descubrió verdades y relaciones de que ni siquiera tenia idea; y en fin, no le hizo encontrar nuevos misterios, sino porque está en la naturaleza de las cosas que así sucediese. Basta que nos diera suficiente luz para ilustrarnos sobre todos nuestros deberes, y hasta conviene que no nos hubiese dado mas, para que de este modo concentrásemos en ellos toda nuestra atencion.

Por otra parte, entre los misterios de que el cristianismo nos libró y los que nos propuso, hay la grandísima diferencia de que los primeros eran misterios naturales, es decir, que versaban sobre las cosas ya ecsistentes en torno nuestro y en nosotros mismos: nuestro rango en la creacion, el enigma del bien y del mal en el mundo, el principio, la regla y el objeto de nuestro destino; ó bien sobre la divinidad en su relacion primitiva é inmediata con el mundo: su ecsistencia, su independencia creadora, su unidad y santidad; y los nuevos Misterios, la Encarnacion, la Redencion, la gracia, &c., son del órden sobrenatural, y resultan de la operacion de Dios fuera del estado primitivo de las cosas. Aquí el misterio se presenta con mucha mas justicia; es mucho mas tolerable. Es una nueva operacion de Dios; toda operacion de Dios es por su naturaleza misteriosa; puede ser hecha inteligible, pero Dios no nos debia la inteligencia absoluta de esta operacion, y mucho menos la operacion misma. La razon no puede quejarse de no comprender de la revelacion de Dios mas de lo que naturalmente estaba llamada á saber de ella, sobre todo cuando á esta revelacion debe la restauracion de los conocimientos naturales que habia perdido.

Otra diferencia que importa mucho consignar, es que los misterios naturales del destino humano, eran misterios de ignorancia y de error, mientras que los misterios cristianos son simplemente misterios de comprension. Así es que en ellos no solamente habia defecto de comprension de la naturaleza de Dios, del orígen y fin del hombre, del verdadero mal, del verdadero bien, de su contradiccion en el mundo, de nuestra miseria, de nuestra grandeza y de los medios de conducirnos relativamente á Dios y á los demas hombres: habia ademas, sobre todos estos puntos tan importantes, ignorancia; habia otra cosa peor: engaño, error, confusion; mientras que, aparte de que por efecto de los misterios cristianos llegaron estos puntos á ser reformados, conocidos y comprendidos, los mismos misterios cristianos no opusieron otra dificultad que una dificultad de comprension. Los conocemos perfectamente, los sabemos, son precisos, fijos y formales; la imaginacion no se gasta ni pierde estudiándolos; el mas pequeño infante los comprende y sabe de memoria; no flotan confundidos y embrollados en el caos de la razon, sino que se destacan y giran armoniosamente sobre nuestras cabezas en el *firmamento* de la fé. Su misma incomprensibilidad no es absoluta, sino relativa; ese firmamento fija los ojos de la inteligencia sin aprisionarlos, y se aleja ó se deja penetrar, segun el grado de pureza del que quiere contemplarlo.

(1) Bonnet, *Investigaciones sobre el cristianismo*, p. 221.

En resúmen, la fé cristiana abunda para la razon humana en miramientos y beneficios. En primer lugar, nada le quita de lo que ya posee como propio, y no la toma en sus brazos sino en el punto en que por sí misma ya nada puede. Llegada aquí, no se le junta arbitrariamente ni se le impone: se hace recibir racionalmente, se adapta, por medio de las pruebas sensibles de su divinidad, á los datos que ya la misma razon posee, de tal manera, que hace ésta un acto propio al recibir el fundamento de la fé, que por esta incorporacion se convierte en una adicion, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma.—Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que constituye su nobleza y su tormento; y no solamente satisfecha, sino preservada de mil errores y de multitud de deplorables caidas, á que la arrastraria inevitablemente esa necesaria y terrible facultad religiosa que no puede sofocar sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fé cristiana al espíritu humano de dos abismos, cuya alternativa es inevitable, y en cuya pendiente ha estado siempre colocado careciendo de este divino socorro: el escepticismo ó la supersticion, la impiedad ó la locura.—Por medio de este celestial instrumento, volvió la razon á adquirir el conocimiento y la segura posesion de una multitud de verdades primordiales, que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que estaban como derrumbadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo trastorno habia conmovido y desunido todas las otras verdades que mas adheridas le estaban. Al devolverle estas verdades madres en lo que tienen de mas sublime, la fé las confirmó y vulgarizó de tal suerte, que todos podemos gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que serán para siempre la fortuna pública del género humano, y el patrimonio sustituido de todas las generaciones.—Ademas de estas verdades primitivas, devueltas y aseguradas, el cristianismo dotó tambien á la razon de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamas hubiera sospechado, y que sin embargo, armonizándose con las primeras verdades, como estas lo hacen con los mas puros instintos de la razon, se hacen para ésta reconocibles y fecundas por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas.—En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturalmente reveladas por el cristianismo, á diferencia de la oscuridad de ignorancia y de error que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á la comprension y no á su nocion, perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Ademas, esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta; no contradice á la razon, sino que la descansa; le deja materia en que ejercitarse, sin oponerle nada que la confunda, y despues de haberle hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, le da siempre en definitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende.

La operacion de la fé es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico, que se adapta á la vista natural, y es como una prolongacion suya; que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos irregularmente confundidos, que hace descubrir otros nuevos, y estiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que el ojo podria naturalmente recorrer. La fé ha sido como el telescopio de la inteligencia: agrandó su horizonte, y le hizo descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

III. Abierto de este modo el mundo espiritual á la inteligencia, se dilató ésta y encontró en él una espansion que le hizo dominar los sentidos y la naturaleza en que la tenian encarcelada las supersticiones sensuales de la antigüedad. La fé cristiana la alivió, enseñándole verdades cuya investigacion agotaba antes todas sus fuerzas, y cuya contemplacion ahora las renueva. La libró del desaliento y del escepticismo, dándole una basa fija de donde pudo partir con seguridad, y á la cual pudo volver á descansar. Al mismo tiempo creó á su rededor por la difusion y comunidad de las mismas luces, un contrapeso de sentido comun que la ha preservado de sus estravíos individuales, y una poderosa palanca que ha centuplicado sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposicion de cada uno en particular. En fin, por la íntima comunion que estableció entre el alma y su autor, entre la verdad y la virtud, introdujo en ella un principio de vida, que es para el espíritu lo que éste para el cuerpo, que concentra, disciplina é inspira sus movimientos, impide que sus riquezas se degeneren y corrompan, y es, segun la feliz espresion de Bacon, como el aroma de sus conocimientos: *fides aroma scientiarum*.

Pertrechado con este socorro, el espíritu humano, que habia permanecido por espacio de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se habia conocido jamas; fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una religion bajo cuya influencia descubriera todas las verdades. "Al ver, dice Voltaire, á la razon hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fé como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla." (1)

Parece que la sumision de todas las cosas al entendimiento humano haya sido el premio de la sumision del entendimiento mismo á la fé. Esto debió suceder, segun el órden gerárquico de los séres. Del mismo modo que por su primera rebeldía con-

(1) Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo* en la palabra AVEUX.